

canzado la primera á vista de la colina, cuando ella pidió un momento de reposo: fué tambien un rato de meditacion y de tiernos reproches.

—“¡Ah! no hubiéramos debido dejar nuestro asilo afortunado por una esperanza que es tal vez, una desgracia, decía Torrijos: los verdaderos amigos son raros en esta tierra de desencanto, y aunque el corazón sea ciudadano del universo, no late ya sino por el egoísmo ó por el interés...”

—“¿No es verdad, decía Kálida, con el codo apoyado sobre las rodillas de su noble compañero, y hundiendo una piadosa mirada en los ojos del español; no es verdad, amigo mio, que está muy lejos todavía de aquí el gran valle á donde queremos llegar?”

—“Bastante, contestó Torrijos, que había comprendido el sentido de esta pregunta, bastante para que renuncié casi á mi proyecto.”

—“Tú no irás mas lejos, Juan, ó bien, seguiremos juntos el camino; dejarte una hora, un segundo, sobrepuja á mi energía, y conozco que solo siento fuerzas junto á tí..... Los odios de los hombres se apagan; solo nuestro amor es eterno en el mundo. Sí, Juan mio, velaremos por nuestro muy querido niño, y el día que demos nuestro último adios á la vida, señalaremos con el dedo á nuestro hijo el camino que tomamos desde Quito para llegar hasta aquí.... El pobre niño plantará una cruz sobre nuestra comun tumba; despues, mostrándola á los Españoles y á los Curacas, les contará nuestras desdichas con la elocuencia filial tan persuasiva, que le perdonarán su nacimiento, por sus desgracias.”

—“Qué porvenir tan triste te he abierto ¡oh noble compañera mia! exclamó Torrijos golpeándose la frente con violencia; perdóname, amiga, perdona mi amor, que ha sido el móvil único de esta resolución..... Tú me has enseñado, Kálida, que el alma del que ama vive toda entera en la muger que es amada..... Un solo pensamiento tuyo vale por todos los que el cielo ha infundido en mi cabeza, en mi corazón; y si alguna vez.....”

—“¡Cállate! ¡cállate! decía la peruana levantándose á medias, ¿no has oido cerca de nosotros un suspiro, una queja?”

—“Lo creo, y lo temo....”

—“¡Bien conoces que cualquier ser viviente es nuestro enemigo, puesto que teneis miedo!”

—“No lo tengo sino por tí, ¡amor mio!”

—“¿Somos, acaso dos desde que nos conocemos? prosiguió Kálida que se reconocía esposa y madre al mismo tiempo... Lo veo, un peligro nos amenaza: vamos hácia él, Torrijos; marchemos hácia él serenos, apoyado el uno en el otro: ven, ven....”

Una inmensa roca por cuyas fragosidades trepaban vigorosas enredaderas, semejantes á serpientes adormecidas, separaban á nuestros amantes del lugar de donde suponian que salió el ruido: avanzaban, él con puñal en mano, ella con precaucion, y ambos paso á paso, inclinados, con los ojos inquietos y el oido atento....

Era un jaguar echado cerca de su hembra muerta. Kálida cayó en tierra y palideció. Iba á ser madre; la sorpresa, el espanto acabaron de apresurar la hora crítica; pero valerosa por sí, trémula por su niño, resistía el dolor; no ecshalaba ninguna queja; mientras que Torrijos, que no se atrevía á interrogarla, la sostenía con el brazo izquierdo, y seguía con una mirada amenazadora los ojos implorantes del jaguar, acostado cerca del cadáver de su hembra.

Si el tigre real tiene su ternura, el jaguar de la América tiene la suya también, y el cuadrúpedo viviente, estenuado por el hambre, no había querido ir á buscar el alimento que ya no podía partir con su fiel compañera de devastaciones. Aguardaba la muerte, y delante de él, á algunos pasos, un niño recibía la vida.

¿Qué hacer en tal caso?

El sol había recorrido la mitad de su carrera; Kálida casi sin fuerzas, apenas se sostenía, y el jaguar, cuyo instinto fatal podía despertarle tarde ó temprano, no permitía ninguna indecisión al español.

--“No te muevas, dijo á la bella peruana; cuatro es demasiado número en este desierto salvaje, déjame desembarazarme del tigre; soy bastante fuerte para conducir á tu hijo y á tí hasta nuestra cabaña afortunada; no te muevas. . . .

Y avanzaba con el puñal en una mano y una pistola amartillada en la otra.

“Parece pedir misericordia, dijo Kálida con una voz apenas inteligible; no lo mates, sufre. . . . y ade-

mas si tú sucumbes, la madre y el hijo morirán sin sepultura.”

Ya respiraba Torrijos el aliento fétido del jaguar; cuatro pasos apenas los separaban; apunta, va á tirar del gatillo. . . . El animal feroz se agacha y aguarda. . . . El español baja su arma; su vista ha descubierto la herida que tendió muerta la hembra del jaguar, todavía caliente: ¡es la profunda huella de una bala! . . . luego los compañeros de Pizarro no estaban lejos de allí; luego el silencio y el aislamiento solamente podían salvar á Torrijos y á Kálida, y permitirles retroceder sobre sus pasos.

—“Valor, dijo él, valor, amiga; el jaguar no es nuestro mas temible enemigo en este momento; valor, noble hija de los Incas, ó caemos en poder de nuestros opresores.”

Era preciso alejarse de este campo de batalla, que iba á convertirse, acaso, en cementerio. Torrijos tomó en sus brazos á la joven peruana y siguió á pasos lentos el sendero que habían recorrido por la mañana; pero la energía del hombre tiene sus límites, el desgraciado se vió obligado á detenerse á poca distancia del jaguar abandonado; cobijó con su capa á Kálida, que cubría á su hi-

jo con sus brazos y seno, y aguardó á que la noche estrellada de los trópicos pasase, para volver á ganar el valle risueño.

La fatiga lo aletargó; su compañera dormía á su lado. Al despertar, eran cuatro los que yacían bajo la roca protectora. Semejante á un perro dócil, el reconocido jaguar siguió al español, y había venido á echarse cerca de él.

--“Lo ves, dijo Kálida sin turbarse cuando abrió los ojos, la generosidad da amigos; este tigre de nuestros países, no tiene ya ni garras, ni dientes contra nosotros; tiene corazón. . . Levantémonos, y si nos acompaña, que sea bien venido.”

Los dos pobres desterrados se pusieron en marcha; el jaguar los siguió como un perro. Apenas acababan de doblar un recodo vecino de su alojamiento, cuando el fogoso cuadrúpedo rugió, saltando al mismo tiempo. Escarba la tierra, agita violentamente la cola, arroja lúgubres rugidos, mueve la lengua áspera y rojiza entre las quijadas cerdosas y contra las ardientemente; sus ojos antes apagados y fríos, lanzan vivas centellas, y parecen pedir un enemigo á quien devorar. Torrijos se puso en actitud de destruirlo.

—“Detente otra vez, no dirige el jaguar su rabia contra nosotros; esta rabia, tal vez, nos servirá de protección. . . . mira, mira, somos perseguidos.”

Un ruido sordo y prolongado, semejante á la voz de una catarata lejana, llegó hasta los dos fugitivos. Torrijos sin volver á pensar en la cólera estrallante del jaguar, se lanzó hácia un montecillo que dominaba el terreno.

--“¡Allí están! exclamó: ¡allí están! son los españoles, nuestros enemigos, se dirigen acá... nos han visto; han visto el tigre. . . . dejarán el tigre por nosotros. . . . Ven, Kálida, no les demos la alegría de nuestra muerte; los conozco, es precedida por la tortura.”

—“A los ojos de mi Dios, como á los del tuyo, el suicidio es un crimen, dijo la peruana con voz sumisa; la tortura es el martirio, y el martirio lleva al cielo.”

--“¡Pues bien! exclamó Torrijos, apresurando todo lo posible la marcha de su desgraciada compañera. Busquemos un asilo donde nuestros enemigos no puedan alcanzarnos; escalemos la cima mas escarpada de las crestas que nos dominan; tal vez, Dios nos libertará del peligro que nos amenaza.”

Kálida siguió á Torrijos, y como si el Eterno los hubiera escuchado, descubrieron cerca de ellos, sobre sus cabezas, la entrada de una caverna, donde, segun todas las apariencias, no vendrían á buscarlos.

¡Ay! ¿quién puede sondear los decretos del Eterno?

Por su parte el jaguar atento no abandonaba su puesto; y seguía con su amarilla pupila los movimientos de los españoles, que ya estaban cerca del cuadrúpedo. Silba una bala y

se estrella contra la roca que sirve de muralla á la nueva mansion de Torrijos y Kálida. Era inútil cualquier resistencia: levantaron los ojos al cielo, y se deslizaron inclinados por la gruta misteriosa.

Se escuchan tiros de fusil; el enemigo está muy cercano; el jaguar lo espera.....

Mientras que un trozo de ginetes buscá en el fondo del valle un parage cómodo para los corceles poco acostumbrados á ascensiones tan difíciles, algunos ligeros infantes escalaban las agudas rocas de la montaña, para acabar con el feroz animal. Lo que no hubiera hecho el tigre por él, lo hace por los que lo han protegido. Sin calcular el inmenso peligro, sin contar el número de los enemigos que va á combatir, se lanza sobre el mas temerario de los españoles, y rueda con él sobre el césped mezclado de espinas.... Ved á un adversario menos, un bocado de las quijadas ha roto el cráneo, y como el olor de la sangre escita al cuadrúpedo, parte de nuevo y se encuentra en presencia de dos enemigos reunidos para combatirlo: silba una bala.....el lomo del jaguar es atravesado....el cazador es á su turno derribado; y cuando un cuarto combatiente se presenta, el tercero no puede serle útil, pues su cuerpo no tiene movimiento, y su sangre brota

por veinte anchas heridas....La bestia feroz fija su pupila de fuego sobre un peruano que hasta entónces habia guiado la marcha de los vencedores; va á saltar el animal por la tercera vez; pero otra bala lo hiere en el cuello y lo derriba.... ruge, se agita convulsivamente, intenta un tercer esfuerzo para vengarse....sus músculos se dilatan, retrocede á saltos, y va, no por instinto, sino por gratitud, á colocarse de centinela delante de la gruta de Torrijos y Kálida.....¡Muere!

Lo han seguido los españoles.....En adelante ninguno de sus enemigos podrá escaparse; los piés de los fugitivos han dejado huellas sobre la húmeda tierra...¡allí están! si su energía los tiene allí cautivos, los siglos pasarán acaso sobre ellos sin que se encuentren sus osamentas emblanquecidas.

--“Os hemos perseguido, esclamó uno de los soldados con voz fuerte; Pizarro os perdonará: venid, ó no volveréis á ver la luz.”

Solamente el silencio responde á la amenaza del español, que la repite todavía otra vez; y entónces como se acercaba la noche, como las cimas de las mas altas montañas recibían oblicuamente los rayos moribundos del sol poniente, como el lugar que ellos habian escalado no podía ser alcanzado por los ginetes, para que la venganza de Pizarro quede satisfecha, los españoles dóciles á las órdenes rigurosas de sus gefes, empujaron con violentos esfuerzos hácia la abertura de la caverna, algunos fragmentos

de rocas que no podrían los fugitivos remover.

“He ahí vuestra tumba, dijo una voz solemne.”

—“La aceptamos, respondió una voz lúgubre.”

Y todo quedó en silencio en la montaña; el tropel de los corceles, la amenaza de los españoles, el rugido moribundo del tigre y el último suspiro de los cautivos.

Hoy cuando el hombre estudioso visita estos países desiertos, ve con profundo asombro, sobre los flancos del Capayo, rocas sólidas, dibujando, como el cincel del estatuario, cabezas, brazos, costillas, espinazos, unos al lado de otros; despues por varias partes formas humanas estampadas y tendidas por el suelo, semejantes á aquellas Esfinges solitarias que la ciencia descubre todavía entre las arenas, cerca de Mémfis.

Y ahora armaos de valor, ó mejor, haceos soldados del ejército de Pizarro, si quereis ver sin emocion, aquí, cerca de vosotros, en el curioso gabinete de antropología del Museo de historia natural, confiado á los cuidados ilustrados de Mr. Laurillard, el grupo tan dramático que os apunto con el dedo.

Un hombre, una muger, amarillos como

el pergamino, inclinados sobre sí mismos, aquel con los codos apoyados sobre las rodillas, y con la cabeza entre las manos; esta, cuya opulencia y negra cabellera arrastra sobre el suelo sus trenzas enmarañadas, adelantando los dos brazos para proteger á un niño, cuyas carnes demasiado tiernas, no han podido resistir al frote de los siglos; pero que ha dejado sus huellas sobre el pecho flaco de la desgraciada madre

¡Cuántos dolores impresos sobre estas dos figuras inmóviles! Son el hambre, la sed, la tortura de la impotencia para aliviar el objeto adorado; es la desesperacion comprida, es el heroismo del sacrificio, es la ternura maternal en lo que tiene de mas santo, de martirio en lo que tiene de mas celestial. Los dientes son bellos, brillantes. eran jóvenes; los músculos están bien dibujados, bien desarrollados. . . allí habia fuerzas y una naturaleza selecta.

Colocad el dedo sobre el seno de esta hija de los Incas, tocad con la mano este ancho pecho español; dentro han latido, hace trescientos años, dos corazones ardientes y enérgicos, cuyos latidos solo pudieron apagar las nieves amontonadas del Capayo.

¡Paz para Torrijos! ¡Paz para Kálida! . . .

Una caja de hoja de lata, un papel chino, frases sencillas, entrecortadas, mutiladas, ya escritas con tinta y pluma, ya con pincel y sangre. . . Ved

los preciosos documentos de donde hemos tomado la relacion que acabais de leer

¡Ved á los dos héroes del drama! ¡Ellos han querido vivir y morir, con la misma vida y con la misma muerte!

(Traducido del frances para el "Presente.")

